

estudiando, podrias llegar á ser clérigo, ó bien secular, pero en fin podrias entrar en una clase, adoptar una profesion, que te proporcionase los medios de una subsistencia honrosa, y que te permitiese ayudar á la de tus pobres padres. . . . Pero en fin vete á jugar, hijo mio, vete. . . . yo quiero hacerte bien, pero no á pesar tuyo, con que así vete á jugar, Roberto. . . .”

El muchacho no se movia de su puesto, pero sus negros ojos seguian llenos de interes á un grupo de chicuelos que en la llanura corrian tras de las mariposas.

—“ En efecto, padre mio, dijo medio levantándose y sin quitar los ojos del llano, yo comprendo lo mismo que vos como debe entenderse la caridad cristiana. Ella os obliga á incomodaros y fastidiaros por favorecer y servir al prójimo, y yo soy vuestro prójimo. Pero en cuanto á mí es muy diferente; porque ninguna caridad cristiana me obliga á fastidiarme para favorecerme á mí mismo; pues que no soy mi prójimo; y —por lo tanto. . . . me voy á jugar.

—Tienes mucha razon, hijo mio; pero ya no vengas á buscarme para que te enseñe á leer, pues que esto nos molesta á los dos; á mí el enseñarte y á tí el aprender.

—Eso es! dijo Roberto, procurando adivinar en el aire grave del ermitaño si pensaba realmente en lo que habia dicho, ó si no era mas que una profunda ironía.

—Y me querreis por eso menos?

—Y por qué pues? preguntó el ermitaño.

—Y no os quejareis de esto á mi padre?

—Tanto peor será para tí.

—Y no me llamareis ya perezoso, ignorante?

—No, nada; no temas nada: no interesándome por tí, no tendré ya por qué regañarte. . . .

— ¡ Ah! ¿ Conque es una prueba de interes el regañar á las gentes? interrumpió Roberto con una maliciosa ironía; pues, señor, mil gracias: yo prefiero que no se interesen tanto por mí.

—Serás servido á tu satisfaccion, respondió el padre, abriendo friamente su breviario. No quiero mas, añadió luego, sino que tengas presente lo que voy á decirte: y es que desde este dia tú serás para mí lo mismo que cualquiera otro de los niños de la aldea. Yo no iré á curarte si estás enfermo; si caes en algun precipicio, no iré tampoco á sacarte de él arriesgando mi vida. . . . pero eso era todo, ¡ pobre niño! Yo te habia escogido entre todos los de este lugarejo, porque me habia parecido leer en tus ojos los signos de una precoz inteligencia; y ademas de esto, te habia visto nacer: que fué el dia mismo de mi santo, San Dionisio, el 2 de

Octubre de 1201; hace ya doce años de este suceso: tú estabas casi muriendo; nadie creía que pudieses vivir; y yo te bauticé una hora despues de tu venida al mundo: yo tambien fuí quien casé á tu madre Jaquelina con el honrado y valiente Roberto, tu padre.... hermoso dia por cierto aquel de su casamiento; porque fué precisamente en el que Isabel de Henault, la esposa de Felipe Augusto, dió á luz á nuestro jóven principe Luis VIII.... En fin,.... en fin,.... añadió el buen hombre suspirando, que se haga en todo la voluntad de Dios!.... tú no me escuchas y yo me estoy cansando; está por demás el continuar hablando de esto; con que anda á jugar, anda Roberto.... hijo de un rústico, quédate rústico tambien, ya que así lo quieres; podias sin embargo aspirar á ser otra cosa mejor.

—¿Esto es todo la que queriais, padre mio....? repitió Roberto alejándose algunos pasos y deteniéndose al mismo tiempo.

—Eso y nada mas....

—Pero.... vos no.... me hareis ningun mal....¿no es verdad? añadió Roberto no pudiendo decidirse todavía á alejarse de su maestro.

—Yo no lo hago jamas á nadie, hijo mio.

—Así, pues, ya no mas latin, no mas breviario; ni estarse horas enteras sentado con los codos sobre las rodillas, la cabeza apoyada en las manos y los ojos fijos sobre todos esos puntitos negros....

—Reflexiona sin embargo antes de dejarme, replicó el ermitaño, que como soy ya viejo y estoy muy cascado, no puedo dedicarme á enseñar sino á uno solo de vosotros, quiero decir, que no puedo tener mas que un discípulo, y que yéndote tú, mañana mismo escogeré á otro....

—Ah! muy bien, escogedlo; os lo permito con todo mi corazon! Diciendo esto se alejó Roberto, haciendo muchas cabriolas desde la habitacion del padre Dionisio, el ermitaño de la comarca y que era el objeto del cariño y respeto de todos sus habitantes, hasta llegar al extremo de la llanura, á donde se mezcló muy gozoso en los juegos de sus jóvenes camaradas.

II.

Escena de muerte.

Entre tanto, las miradas de Roberto se dirigian á pesar suyo hácia la modesta ermita al pié de la cual se percibia, sin embargo de la distancia, la frente macilenta del santo varon que la guardaba; sus cabellos blancos y los pliegues de su hábito que movia el viento; pero muy pronto Roberto no fijó mucho la atencion sobre estos objetos....ya no miraba tanto el árbol viejo bajo cuyas sombras se habia sentado tantas veces....

los cabellos blancos del padre Dionisio no atrajeron mas su atencion, y dejaron, por último, de resonar en su oido las últimas palabras dulces, aunque severas que le habia dirigido el ermitaño: los gritos estrepitosos de sus camaradas le arrancaron de su distraccion; sus arrebatos de alegría excitaron los suyos, y una media hora despues Roberto era el mas loco, el mas estravagante de toda aquella alegre cuadrilla.

La llegada de la noche le hizo conocer que debia ya retirarse á su habitacion; y entonces despidiéndose de sus amigos, se puso en marcha apresuradamente con la frente toda bañada en sudor y la sonrisa todavia en los labios; mas al llegar cerca de la cabaña de sus padres, se sintió repentinamente poseido de una impresion fria de terror: no se atrevia á dar un paso adelante....

Habia en el contorno de la habitacion muchos vecinos del pueblo que se hablaban muy bajo, casi al oido, y que manifestaban en su semblante la mayor consternacion: aun el perro mismo, que era un gran mastin de pastoria, en vez de correr saltando al encuentro de su jóven amo, no se acercó á él, sino muy lentamente con las orejas bajas y con la cola entre las piernas.

—¿Qué es, pues, lo que te pasa, Ralph? ¿qué tienes? preguntó el niño al perro. ¿Qué es lo que sucede, tia Micaela? preguntó casi inmediatamente á la primera muger delante de quien pasó; todos me dais miedo con esos rostros de á vara que me poneis.

—Entra y verás, limitóse á contestarle tia Micaela.

Precipitóse el niño, con el corazon oprimido, á la choza. Un grito de dolor y de angustia puso en conocimiento de su familia que habia llegado.

La vivienda del padre componiase de una pieza que servia de leñera, de dormitorio y de cocina á la vez. A la izquierda, y en un rincon, veíanse leña amontonada y algunos útiles de leñador; á la izquierda, en el otro rincon, paja, sobre la cual figuraban algunas frazadas en mal estado. Allí era donde dormian en confusion el padre, la madre, tres niños y dos perros; encima, sobre un palo, posaban las gallinas; en medio del aposento habia un grande horno y junto á él una artesa donde se amasaba el pan y se guardaba cuando estaba cocido; dos toscos banquillos de madera, un cofre y una mesa completaban el ajuar de esta sola y única pieza.

Lo que habia hecho exhalar un grito á Roberto al entrar fué el ver á su padre tendido por tierra, descolorido y con la frente cubierta de sangre, sobre la manta que le servia de lecho. Encontrábase al lado de él Jaquelina llorando, retorciéndose los brazos, al paso que las dos niñas, la mayor de quienes tenia diez años y la otra ocho, con admirable presencia de ánimo ayudaban al santo ermitaño á cuidar á su padre; la primera, con lienzos viejos, preparaba vendas para hacer cabezales, y la se-

gunda tenia una aljofaina llena de agua para que se lavase la sangre que brotaba de las heridas.

El herido, al oír el grito de Roberto, abrió los ojos y quiso hablar.

—Chito, díjole el padre Dionisio, no habléis; las heridas, cuando se desangran mucho, debilitan al paciente, y son peligrosas si éste tiene emociones violentas. . . . No os agiteis tanto; y vos, tía Jaquelina, ¡tened mas juicio! . . . Vuestro marido, al caer del árbol del cual cayó, pudo haberse matado, es cierto, pero al cabo no se mató, y sería ofender á Dios no reconocer, aun en este horrible accidente, los tiernos testimonios de su misericordia; cuando nos acontece una desgracia, debemos desde luego preguntarnos si no podia habernos acaecido otra mas grave, y esta juiciosa reflexion, aun cuando no nos consuele del todo, dará siquiera por resultado que aceptemos con paciencia y resignacion la afliccion que el Señor nos envía.

—¿Qué queréis que haga, padre mio? replicó sollozando Jaquelina; no soy santa! cuando tengo un pesar no puedo menos que gritar. . . . llorar. . . .

—Pues yo os mando que os calleis, repuso el ermitaño con firme y enérgico acento.

Y guardó silencio la leñadora.

Entonces el santo varon acabó de curar al paciente, y habiendo rogado á los concurrentes que se retirasen, sentóse en un banquillo manifestando que tenia intencion de pasar la noche al lado del herido.

A poco, el silencio mas completo reinó en la choza. Jaquelina, cansada de llorar, se habia quedado dormitando con la cabeza apoyada sobre sus rodillas, en tanto que dormian sus dos hijas. A la luz de un pedazo de lienzo viejo que ardia metido en aceite, leia el breviario el ermitaño y Roberto, en quien nadie habia reparado hasta aquí, lloraba al pié del lecho de su padre.

Media noche seria cuando Sorbon, enderezándose con trabajo, recorrió la estancia con los ojos; el ermitaño, observando este movimiento, puso á un lado el breviario.

—Padre mio, dijo el herido, me siento muy malo; ¿os parece que moriré?

—Hijo mio, respondió el justo, los decretos de la Providencia están ocultos á los mortales; en todo caso estoy dispuesto á oír la confesion de vuestras culpas.

—¡Ay padre mio! contestó el leñador con lastimero acento; un pobre infeliz como yo, que pasa su vida cortando leña y cargándola sobre sus hombros, tiene muy pocos momentos de ocio para poder pecar.

—Tanto se peca en pensamiento como en obra, hijo mio, replicó el ermitaño.

—¡En pensamiento, padre mio! no tengo mas que un pensamiento, y es el de procurar que la condicion de mi hijo sea con el tiempo muy diversa de la de un mísero leñador. Tengo orgullo, tengo ambicion, no con respecto á mí sino con relacion á ese niño; si eso es pecado, me acuso de ello. . . . ¿Estais satisfecho de su comportamiento, padre Dionisio? ¿hace progresos en sus estudios?

Iba el ermitaño á contestar, y á decir la verdad sin duda alguna, cuando se sintió estirar del hábito y vió junto á sí á Roberto que, con las manos juntas y con suplicante mirar, le hacia señas de que no hablase.

—Vos no me contestais, buen ermitaño, repuso el anciano Sorbon; de suerte que voy á morir sin ningun consuelo. . . . voy á morir pensando en la miserable existencia que dejo en herencia á ese niño. . . . ¡Dios mio! agregó enderezándose, uniendo sus manos y levantándolas al nivel de la frente, ¡Dios mio! bien sabeis que no os he importunado por mí; nació pobre, he vivido pobre, y pobre he de morir. . . . pero en medio de mi pobreza una esperanza me quedaba. . . . mi hijo se instruiria, se elevaria, y acaso un dia, el dia de mi muerte, que no creia tan próxima, me abriria las puertas de la eternidad bajo el trage venerable de sacerdote. . . . ¡Ahí teneis la idea que me ha preocupado toda mi vida, padre mio! hé ahí lo que desde hace doce años me ha hecho menos triste la existencia, lo que me hace desear que mis dias se prolonguen! . . . ¿Concebís esa felicidad, buen ermitaño? . . . ¡la de un padre que se adormece en el seno de Dios arrullado por la voz de su hijo! . . . Pero pues no lo habeis querido, buen Dios, bendito sea vuestro santo nombre y alabado hasta la consumacion de los siglos, amen!

—¡Amen! repitió por lo bajo el infantil acento de Roberto.

—¿Estás ahí, Roberto? preguntó el herido.

De un salto se trasladó Roberto á la cabecera del lecho, y tomó la mano de su padre por única respuesta.

—¿Estás ahí, querido hijo? repuso el leñador. . . . háblame, oiga yo tu voz, consuélame siquiera en mis prostreros instantes diciéndome que eres dócil, aplicado, que el buen ermitaño está satisfecho de tu conducta.

Y Sorbon, observando que guardaba silencio Roberto, continuó:

—Has estudiado mucho hoy; ¿es cierto? y volverás á estudiar mañana y estudiarás todos los dias; y el ermitaño que te sirve de padre espiritual está satisfecho de tí; y consiente aun despues que yo hubiere muerto, en continuar cuidando de tí; ¿es cierto?

En vez de contestar Roberto volvió hácia el ermitaño sus negros ojos;

pero con una espresion tan suplicante, que el santo varon, que iba ya á hablar, guardó silencio.

—¡Y no me contestas! repuso con voz tan lastimera el moribundo, que se precipitó el niño de rodillas sobre la paja que le servia de lecho.

—Perdon os pido, mis dos padres, dijo volviéndose alternativamente hácia el leñador y el ermitaño.

—¡Perdon! repitió Sorbon con asombro.

—¡Perdon, sí, perdon! repuso Roberto; sí, soy un hijo perverso y Dios me ha castigado; hoy lo echo de ver supuesto que en el mismo día en que mas he mortificado á mi padre y al ermitaño, el uno me arroja de su presencia, y va á dejar de existir el otro.... ¡Oh Dios mio! añadió sollozando, ¡oh Dios mio! me arrepiento; perdonadme, Dios mio! ¡escuchadme, volved la salud á mi padre; y aunque el latin nada me divierte, y mucho menos la lectura, hago voto, si el buen ermitaño no quiere ya enseñarme, de ir, pidiendo limosna, hasta Paris, de estudiar día y noche, de no tener descanso ni solaz hasta no haber llegado á doctor.... y hasta entonces, ¡oh Dios mio!.... haced que viva mi padre para que vea sus deseos cumplidos.

—¡Oh no! no habrás de ir á Paris, á lo menos mientras yo exista, dijo interrumpiendo el ermitaño enternecido de la esplosion de piedad filial que se manifestara en Roberto; te enseñaré por lo pronto lo que sé, y despues veremos. Dios, á quien sabes tan bien dirigir tus plegarias, tendrá conmiseracion de tí.

El anciano leñador derramaba lágrimas de ternura y contento; y el ermitaño, viéndole mas tranquilo, fué á acabar la noche en su domicilio.

¡La alegría es tan benéfica, hijos míos, sobre todo cuando procede del corazon y á él se dirige! El día siguiente, pues, como si Dios hubiese acogido el tierno voto de la infancia, encontróse el anciano Sorbon en disposicion de poder levantarse; y al alba, cuando el padre Dionisio abrió la puerta de su ermita para saludar á la aurora, encontró á Roberto arrodillado sobre la piedra del umbral.

—Demos gracias á Dios primero, y despues estudiaremos; dijo el ermitaño pasando su venerable mano sobre el hermoso cabello castaño del niño.

—¿Segun eso, me habeis perdonado, padre mio? dijo Roberto.

—Te arrepentiste, contestó el ermitaño.

El hombre pone y Dios dispone, como suele decirse, hijos míos; el leñador volvió á la vida, pero falleció el ermitaño; y Roberto, fiel á su juramento, tomó el camino de Paris á pié.

En aquellos tiempos no estaban organizados los colegios como en nuestros días. Llegaba á grado tal la pobreza de los alumnos, que tenian que

mendigar la subsistencia, y de consiguiente pocas horas les quedaban para dedicarse al estudio; además de esto, habia entre los educandos mayor número de malos que de buenos. Jugar, reñir entre sí, mendigar, hacíase el pasatiempo forzoso de aquella juventud turbulenta. Roberto Sorbon tuvo, pues, el trabajo mayor del mundo para instruirse; tuvo que superar enormes obstáculos para alcanzar sus fines. Pero lo que pueden una ardiente fé y una voluntad firme, hubo él de conseguirlo. Acababa de ser nombrado capellan y confesor de San Luis, cuando su padre, conociendo que se moria, mandó llamarle. Tributéle Roberto sus últimos deberes, y despues, mediante los favores de que le colmaba el rey que le estimaba mucho, le admitia á su mesa y tomaba gusto en sus pláticas, fuéle posible minorar la miseria en que estaba su madre y dar estado á sus dos hermanas.

En 1251 se dió á Roberto Sorbon una canongía en Cambray; entonces fué cuando, acordándose de los obstáculos que habia tenido que vencer en sus estudios, resolvió allanar esta senda á los demas estudiantes pobres; fundó pues una sociedad de *eclesiásticos seglares que, viviendo en comunidad y teniendo las cosas necesarias para la vida, no se ocupasen mas que en el estudio y enseñasen gratuitamente.*

Queriendo San Luis participar de esta útil empresa, compró tres casas para Roberto, una de ellas situada en la calle de *Coupe-Gueule*, delante del palacio de los Hastiales, y las otras dos en la calle de *Deux-Portes* y en la de *Maçons*. La renta de estas casas dedicóse al mantenimiento de los *estudiantes pobres*, á quienes asignó además el rey ya un cuarto, ya dos, ya diez y ocho dozavos por semana para ayudarles á sostenerse. El número de *estudiantes pobres* que se admitia en este colegio, en la época de San Luis, ascendia á ciento; llamóse á los principios el establecimiento *casa de pobres*, y mas adelante Sorbona por el nombre de su fundador.

Al mismo tiempo fué nombrado Sorbon director del establecimiento; sin embargo, hasta despues de una esperiencia de diez años en la administracion de aquella casa no fué cuando formó sus estatutos, los cuales jamas, desde entonces, han sido reformados ni cambiados. En 1271 compró Roberto, al lado de la Soborna, una casa, en la cual fundó el colegio de *Calvi* denominado tambien pequeña Sorbona. Este nuevo establecimiento se dedicó á estudios elementales; pero fué suprimido en 1636 por el cardenal de Richelieu, que en su lugar mandó edificar un templo.

En 1258 fué canónigo de Paris Roberto Sorbon; habia llegado su reputacion á tomar tal vuelo que, segun se dice, hubo príncipes que le nombrasen árbitro en las cuestiones que entre ellos solian suscitarse. Falleció el 15 de Agosto de 1274.